

179 Proforma

CONGREGACION MARIANA UNIVERSITARIA. - ZORRILLA, 3. - NUEVA EPOCA

ENERO 1950

HOJA DE FORMACION ESPIRITUAL DEL UNIVERSITARIO

NUMERO 12

POR QUE SOMOS SEÑORITOS

Lo somos, aunque nos pese oirlo, porque nos gusta. Seamos al menos, verticales en reconocer la horizontalidad, tan leve, de nuestro cómodo señoritismo. Nos gusta, porque la postura de invitado es la más fácil, la más alegre y seductora. Esto parece nuestra civilización de postguerra, que anuda, aunque gritemos algo muy distinto, con la burguesía fofa de los últimos tiempos de derechas...

Pero hay un ambiente, que hemos ido formando, cargado de tentaciones hacia el señoritismo y la burguesía. Si fuimos culpables de la causa, hemos de procurar variar el cauce de sus efectos. Por eso, nuestra meditación sería, ante las circunstancias creadoras de la actitud falseada en que vivimos.

Hemos pensado que el trabajo intelectual exige el acomodo de una posición elevada. Porque, a pesar de tanta revolución, seguimos poseídos de un sentido clasista en toda la gama de nuestra vida. Y, como las clases las entendemos, en nuestro particular criterio, como compartimientos incoherentes no hemos sabido—no hemos querido saber—la enseñanza de otros hermanos, camaradas en el quehacer común del destino nacional. Por eso, nos hemos buscado un círculo "universitario", una agrupación "universitaria", una residencia "universitaria", todo, todo lo hemos "clasificado" de universitario, no sé si por temor al contacto con otros grupos hacia los que sólo sentimos desprecio. Por este aislacionismo ¿diremos intelectual?—llegamos a forjarnos una conciencia de seres superiores, de iluminados, dotados del soplo científico y elevados a la cumbre de una vida mejor, que es en nuestro íntimo deseo, una vida más apacible, más fácil y mejor servida. Porque hemos aprendido señoritos en todo—el talismán del señorito moderno: la conjugación pasiva y desnaturada del verbo servir, siempre en primera persona.

Cuando en España se daban generaciones de señores, la juventud aprendía sus pasatiempos en armas, ensayo cotidiano de los mejores servicios. La de hoy, la nuestra, sedienta de celuloide, busca el descanso a su ocio en el ocio descansado del salón de cine, centro de propaganda al servicio de otro estilo de vida: el yanky. Y entre película y película se ahoga una raza de ascetas y místicos. Hoy, la ascética es el baile y no hay otra mística más espiritual que la mística del beso.

No desconocemos la vocación del hombre hacia la empresa, vocación cuyo complemento natural está en el amor de la mujer que acompaña en la aventura de la

vida. Pero, hemos de reconocer el positivo influjo de la mujer en la vida y actitud del hombre. Nuestra dignísima juventud femenina, creación espiritual de dignísimos colegios, carece del sentido activo, que en tiempos, fué capaz de dar a España una Teresa de Jesús. Nuestras hermanas, después de la misa de doce (angelical costumbre), cumplen el rito cotidiano del culto a sus pestañas, hasta que otra joven les anuncia a ella, las señoritas, que la mesa está servida. Y en un dulce y eterno "no hacer nada" esperan el santo advenimiento del hombre que las redima con su amor, de esa vida triste y trabajosa. Ellas nos hacen más señoritos, con su deliciosa exigencia de refinamientos y exquisiteces en su trato con nosotros. La carestía de los estudios univer-

sitarios (es curioso que la matrícula gratuita valga más de 400 pesetas) los convierten en monopolio de las clases económicamente fuertes, con lo que el universitario es producto de una mayor o menor burguesía, que, por lo común, carece de conciencia revolucionaria. Es, por educación y por hábito, un conservador de las costumbres de su casta por vía intelectual, depuradas en busca de una teórica que, dándole más dinero le dote de mayor comodidad.

Por último—no podemos alargar la enumeración de las causas de nuestro repugnante señoritismo—señalaremos el signo materialista de la cultura (más bien civilización) que constituye el objeto de nuestro estudio. Nuestra civilización occidental es una máquina creadora de un producto típico: el opositor. Es un señor de trece horas diarias de estudio que, cuando sea notario, ganará muchas pesetas.

Antídoto libre de tantas tentaciones: E servicio.

Esto es señoritismo

—Molesta la acusación, y, sin embargo, sólo confusamente se define. ¿Qué se debe entender por señoritismo?

—Ante todo, hay que saber distinguirlo del burguesismo, más claro en su concepción, más burdo, más infeliz. Porque el señoritismo es burguesismo, y más, coincide con él en sus principios básicos y añade sus rasgos originales.

—Porque burguesismo es la profesión hecha axioma de "el verdadero amor comienza por uno mismo"; ítem más, aquello de "más vale pájaro en mano que ciento volando"; lo otro de "primero es vivir y después filosofar", no faltando los sabios conceptos de "para qué meterse en líos", "orden, señores, orden". Todo esto hecho evangelio, todo ello puesto sobre la cabeza y cuidadosamente purificado de todo otro principio antagónico; todo así, calentito y con bufanda, es lo que creemos debe entenderse por burguesismo.

—Y todo ello (aunque a veces no tan puro, porque va zurcido a cosas bonitas sobre el apostolado o sobre la revolución, sobre la cristiandad, etc., etc.), todo ello, no tan descarado, ocupa también una parte del producto que queremos definir, porque señoritismo es algo de eso; mas...

—Más precisamente: lo que produce su inconfundible estampa. ¿Sabéis qué? LA IMPTENCIA. Terminó bien feo, que dice más que la pasividad, y más que la indiferencia. El señorito—así, en peyorativo—no puede, realmente no puede saltar las barreras de su clase, y asomarse al mundo que está más allá. El señorito es un canario en su jaula, y por jaula entiende un modo de ver la vida y de vivirla; cerrado y estrecho. No comprende, ni siente, ni sabe, ni puede percibir y captar lo que hombres de otras clases sienten, viven y quieren. No puede, ante un obrero, por ejemplo; ya no es la indiferencia: es la parálisis, es la jaula que le impide romper su mundo y asomarse al otro. No hay odio, ni altiva soberbia, ni desprecio de ningún modo; no hay sino impotencia, estrechura, envenenamiento de clase, que le hace vivir hacia sí, como el bicho en su madriguera, sin atreverse a salir, ni a establecer diálogo, ni a juzgar dentro de sí mismo. Está ahí, y si por un tirón de la Historia le sacan, por acaso, a darle "el paseo", y llega hasta a recibir los tiros por causa de su pasividad, que la tomaron por insulto, y si tras el fusilamiento vuelve a vivir, fatalmente, como a resorte, volverá el señorito a su madriguera, a su jaulita dorada, con un poco más de miedo, pero nada más...

[El Papa acaba de decir a los católicos alemanes que procuren no perder, cuando la hora de la paz, aquella unión de las clases entre sí y aquella desaparición de mutuos prejuicios que la guerra trajo, gracias a Dios, consigo.]

—Señoritismo es, pues, esto: la impotencia para romper un prejuicio que en el fondo es un complejo de inferioridad del señorito frente al proletario, del hombre de un planeta ante el hombre de otro distinto.

—Y te lo demuestro del modo más inmediato. Has leído esto, y sin el menor gesto has doblado la página y has pasado a otra cosa. Después bajarás al Metro, cruzándote con los hombres del otro planeta sin la menor reacción; después cenarás y leerás "La Codorniz". Por último, harás tu examen de conciencia para ver si te acusa de algo. Y porque no te acusa, te dormirás contento.

—Dios te conserve el sueño, hermano; Dios te lo conserve.

Handwritten notes and numbers at the bottom of the page, including "0566", "225", "100", "225", "225", "324".

ELLOS SON ASI

Hemos hablado mucho de las características de nuestra presente generación universitaria. Con un absurdo narcisismo nos hemos venido auscultando ansiosamente. Porque queríamos conocernos. Porque nos agradaba toda la serie de líricos elogios que la adulta madurez de nuestros padres y maestros espirituales nos ha venido tributando día tras día. ¡Oh amable leyenda rosa de la juventud española!

Hoy, más sinceros y sencillos, hemos dado marcha atrás. Nos conocemos mejor, sin duda porque tanta alabanza acabó por hastiarnos y dejarnos el alma confusamente insatisfecha. Nunca, sin embargo, se nos ocurrió volver la vista, con esa facilidad de crítica de que tanta gala hacemos hacia aquellos que, por pertenecer, cronológicamente a nuestra generación, caminan a nuestro paso y son solidarios con nosotros, queramos o no, en la responsabilidad del desenlace que intentemos dar a esta triste y dolorosa realidad social española. Ese espléndido mundo juvenil tan poco conocido, con sus luces y sus miserias, con sus claroscuros dolorosos de vulgaridad y de heroísmo, es el que intento describirlos.

En primer lugar hay que hacer constar un hecho que aclara muchas cosas. Hoy en día, a pesar de los sinceros esfuerzos de la Iglesia, a pesar de nuestras tan cacareadas reformas sociales, sigue en pie, en toda su elemental y trágica verdad, la general apostasía de las masas trabajadoras. Constituyen un mundo esencialmente hostil a los valores permanentes que decidimos defender. Ellos son "los otros", los que nunca podrán entender este Cristianismo nuestro blandengue y criminalmente acomodaticio, cómplice de la pagania circundante. La juventud obrera actual lleva sobre sus espaldas una pesada carga de indiferencia y amargura. ¡Indiferencia y amargura! En estas dos palabritas se encierra todo el triste poema de esos hombres jóvenes con mono que vemos pasar a nuestro lado, en el Metro o en la calle, camino de la Universidad.

Indiferencia absoluta en todos los órdenes. En el orden cultural, por supuesto. Decidme, ¿es posible evasión alguna hacia el mundo de la belleza y de la cultura en hombres totalmente absorbidos y centralizados por el inmediato afán de ganarse la vida? ¿Quién se ha preocupado de abrirles los ojos? ¿Quién se ha molestado en transportarlos de las regiones de la chabacanería hacia otros mundos en los cuales pueda surgir a su contacto la purísima emoción de lo bello? Por eso la naturaleza seguirá siendo para sus ojos cansados un enigma, algo que no les dice nada. ¿Acaso tienen medios de rebasar el marco limitado de su circunstancia? ¿Cuántos son los que pueden permitirse el sano lujo de marcharse los domingos a la sierra? Ciertamente resulta más económico, y también más inhumano, el ambiente pesado y cálido de la sala de juego, de la tasca, donde permanecen horas y horas clavados en sus sillas. Donde pierden minuto a minuto salud, dinero y fortaleza.

En lo político, ¡bah!; de la política no quieren oír hablar ni siquiera. Para la mayoría de ellos es la política un tabú inaccesible. No les interesa, porque no creen en ella. Un duro escepticismo les mantiene alejados de su contacto. Inútil son a este respecto los reproches y quejas de sus padres, combatientes antaño en crudas lides y que ven hoy con amargura la total apatía de los hijos. Sin duda que muchos, al leer esto, se frotarán las manos creyendo que se les aleja el fantasma de una segunda vuelta, más fuerte y violenta que la primera. Pero se engañan, se engañan miserablemente los que así piensan.

En lo social. Aquí les duele. Sienten en

carne viva todas las terribles "faenas" que les hacen. Protestan, critican, pero terminan por encogerse de hombros ante la impotencia de sus esfuerzos. ¿Para qué? Vienen a aceptar con muda resignación, a sancionar, y esto nos debe dar escalofríos, un "statu quo" de injusticia social que creen no puede ser removido.

En lo moral. ¿Para qué hablar aquí? Pero ellos no tienen casi culpa. Todo, absolutamente todo en este aspecto conspira contra ellos: la familia, el taller, la tasca, el barrio, etc.

Y toda esta situación espiritual y física envuelta en amargura, en dolor, en orfanidad íntima y social. Y el odio, la desesperación, va poco a poco penetrando en sus corazones jóvenes... Y el afán y la codicia por el dinero en aumento continuo, porque creen ingenuamente que éste viene a resolver todos sus problemas.

No seamos pesimistas. Esta estampa desoladora tiene su contrapartida. No todo es negro en este cuadro juvenil. En realidad, son mejores que nosotros. Menos complicados, tienen la virtud fundamental de la sencillez, de la elementalidad. Y saben entregarse con generosidad magnífica al corazón que sabe y quiere comprenderlos. Están hartos de palabras, de teorías, tan sólo el ejemplo puede rendirles. Porque ellos, a pesar de sus miserias, tienen conciencia, plena conciencia de su dignidad. Intuyen la importancia de su misión en el mundo moderno de nuestros días. Saben de sobra que no son piezas ciegas en el mecanismo social de la Patria. Aunque la Patria, tristemente, les suene como una palabra hipócrita, vacía de todo contenido. En realidad, quieren aturdirse, quieren olvidar en la diversión, en el baile, en el vicio, la honda tragedia de su existencia atormentada. Por eso ríen, chillan, nos aturden, atacando acaso la epidermis de nuestra sensibilidad; pero yo sé que en el fondo lloran y que es inútil el narcótico para calmar el infinito dolor que asoma por sus ojos.

Paradójicamente, sin embargo, esta generación abandonada, que no conoce frenos porque nunca ha oído hablar de ellos, es esencialmente religiosa.

Y aquí su espléndida posibilidad de salvación. ¿Por qué? La solución es sencilla. Bajo la aparente superficialidad de estos muchachos que ríen y se aturden, bajo su corteza más o menos grosera, se esconde un alma joven, ávida, sedienta de Dios. Ya la política no es para ellos, como fué para sus padres, panacea. Su desengaño les aproxima directamente a la solución religiosa. En sus

ratos de soledad se plantean, porque saben pensar también, el problema del hombre sobre la tierra. Y porque son sencillos y elementales, acaban por encontrar a Dios al final de la búsqueda. Sólo falta que se acerque a ellos el hermano joven universitario u obrero que con exquisita caridad cristiana, en un plano de absoluta igualdad de confianza y trato, les descubra el horizonte de una vida nueva en Cristo. Porque ellos, y esto es sintomático y curioso, a pesar de ser católicos de nombre y de estar bautizados, siempre hablan de su conversión. Para ellos, volver a la fe cristiana no es enderezar un paso mal dado en la vida, es revolucionarse radicalmente, es empezar de nuevo un camino que nunca conocieron. Por eso, cuando han traspasado el umbral de la entrega, se sienten como cristianos primitivos. La palabra cristiano es algo definitivo y absoluto. No tienen por qué añadir, por lo menos así lo piensan, a su naturaleza cristiana, sobrenatural, el marchamo de una asociación religiosa de juventud que les confiera el título de apóstoles. Parecen recién salidos de las mismas manos de Dios, frescos, enteros, con todo el ímpetu y la gallardía de los grandes conversos. Pero antes, para que este hecho se verifique, han tenido que ver con sus propios ojos la eficacia de la doctrina de Cristo en el ejemplo mudo que destruya sin piedad ni compasión absurdos prejuicios de clase. Han tenido que ver al "señorito" —¡qué fea palabra!— dándoles su mano abierta, su corazón de hombre, primero, y de cristiano después, que busca el contacto vital con otro corazón de hombre joven para dar y recibir enseñanzas. Porque son muchas las cosas que pueden enseñarnos. Así, con un impulso vital a lo San Pablo, con una superabundancia de vida interior, puede emprenderse la Cruzada más bella de todas las que a nuestro alcance tenemos. Pero hay que descender, descender hasta ellos, olvidando nuestras trabas burguesas. Hay que hacerse pobres de espíritu por amor al reino de los Cielos. Descender para elevarlos y para elevarnos, para hacer surgir en sus almas apagadas la llama de una ilusión social de servicio, para hacerles comprender lo hermoso que sería forjar, codo con codo, una Patria grande y ancha como un entrañable hogar, bajo la mirada dulce y providente del Padre de familias. Todo ello es difícil, pero posible. Posible si hay almas que saben entregarse y dar la vida por los hermanos; si hay corazones juveniles que sangren todos los días contemplando la profunda miseria y nobleza de estos hombres jóvenes de España, con mono grasiento sobre el cuerpo y amargura en las frentes.

Estas son las medidas contra el señoritismo

Porque la crítica sola y descarnada es insulto y muestra de impotencia, porque buscamos no herir, sino orientar y porque creemos que este mal, como todo mal humano, es remediable, por todo ello nos atrevemos a hablar de remedios tras señalar el mal.

Pero no esperéis la novedad; sólo un afán, una nueva insistencia, un terco machacar que busca romper la capa de nuestra inercia, de esa resistencia a meter en la vida cambios, experiencias nuevas y virajes rotundos hacia nuevos horizontes.

Queremos redimirnos del morbo señoritista, morbo que inconscientemente va imposibilitando al universitario para todo esfuerzo y toda disciplina. Y he aquí la primera y más elemental: el deporte.

No es coincidencia casual la de la simultaneidad de los dos fenómenos, el señoritismo y el antideportivismo nuestro. Un hombre joven que no hace deporte, fácilmente acabará en señorito; un señorito terminará de ordinario por contentarse con el deporte como espectáculo.

La redención del señoritismo lleva consigo una verdadera cruzada por el deporte universitario, hecho por universitarios y para universitarios, que es el deporte más elegante y más desinteresado, más alegre y más viril. Y no de minorías, como ahora; no para ese puñado de los que aspiran a atletas olímpicos; el deporte para aquéllos que no aspiran a más que a ser hombres de estudio, el deporte como primera y predilecta diver-

sión de la masa universitaria, el deporte en cualquiera de sus manifestaciones, como el primer capítulo de gastos del exhausto bolsillo estudiantil. Mientras más dinero se lleve el cine, el tabaco y la amiguita; mientras este índice recoja toda una tónica universitaria, el señorito estará ahí, inmovible, tenaz, insoportable.

Pero no basta la cruzada imperiosa "pro deporte universitario", requerimos otra medicina más eficaz y más moderna: la del trabajo manual universitario. Es decir, la aparición de una nueva "moda" o costumbre entre nosotros: cada hombre de estudios dedicando unas horas semanales a lo que dedican su vida los trabajadores manuales.

Medida que atacaría de frente a una de las más puras esencias del señoritismo, que es la de su continua necesidad de esclavos en torno suyo con la correspondiente conciencia clasista. Esto no es decir que los hombres no hayan de dividirse según géneros de trabajos distintos; esto no es negar que el ejercicio de los estudios requiera todo el hombre y, por tanto, que difícilmente sea compatible con otra actividad; esto únicamente es intentar suavizar la diferencia fatal de los hombres de trabajos distintos, para apagar su triste consecuencia de incomprensión y lejanía. Esto es, además, darle al universitario un complemento humano que da humildad y sencillez en la vida y que da esa alegría primitiva de la que tanto carecemos, sustituida por el placer excitante y padre del aburrimiento actual.

El trabajo manual, ocupación distractiva para el estudiante de semana bien llena, que ocupa su sábado vespertino, por ejemplo, con la elementalidad de un aprendizaje de oficio. Y en este aprendizaje, por supuesto, un obrero como profesor y un taller auténtico como ambiente.

Esta costumbre, metida, acababa con el señoritismo de un modo radical, es decir, juvenil.

¡Cuánto hemos hablado de la prestación personal de universitarios a trabajos de construcción nacional! Hemos leído y visto lo que en otros países han hecho y hacen los universitarios actuales. En tanto, nosotros seguimos en nuestra clase y nuestro bostezo, con el alma llena de vagas ilusiones y la vida vacía de grandes esfuerzos, a no ser que medien las pesetas...

Y todavía otra medida más, y complementaria. La de la mano abierta para la amistad y compañerismo hacia esos hombres, jóvenes como tú, españoles y cristianos como tú y tan lejos de ti que forman un país extraño del que apenas sabes más que su posición geográfica. Bastante se ha escrito en meses pasados acerca de la llamada a una aproximación entre ambas juventudes. Pero el hecho es demasiado extenso y demasiado profundo para que se remedie fácilmente. Sin embargo, por aquí es imprescindible empezar, por acusar el hecho en todas las formas y ocasiones posibles. Y precisamente como el símbolo más descartado del señoritismo y el de peor cariz.

El universitario, se ha dicho, suele presentar un complejo de inferioridad ante el obrero, se siente inferior en muchos valores humanos a él, no sabe cómo abordarle, no es capaz de meterse en serio en una conversación larga con él; en el fondo, le teme. Y para disimular su complejo se disfraza de eso, de señorito...

Pero no vamos a acusar más. Un trato nuevo entre tú y él, un ambiente capaz de facilitar este encuentro, una preocupación creciente por vencer las dificultades que tal propósito trae consigo, todo esto es lo que hoy se nos figura proclamar como urgentísimo remedio contra nuestra tara.

Y por supuesto, sin teatro ni camuflamientos, sin artificio ni falta de naturalidad; todo lo más sencillo y verdad que se pueda, a base de ese común patrimonio juvenil de unos y de otros: la sinceridad.

Tres remedios para ir analizando, complementando y ambicionando, tres remedios na-

da fáciles; por eso, remedios y no cataplasmas; pero tampoco tan utópicos que den derecho a que te sonrías cuando desde tu problema, que es idéntico al del que está ahora a tu derecha y al del que tienes a la izquierda, piensas que FORMA desvaría... También el enfermo grave llama al doctor cosas muy feas. Y el doctor no se da por ofendido. Exactamente igual.

El y tú frente a frente

EN EL TERRENO APOSTOLICO.—Tú, el que proteges; él, el protegido. Tú proteges con ese gesto de aparente naturalidad que oculta un no saber cómo protegerle. Pero proteges, y cuidas, y enseñas, y adoctrinas, y hasta quizá des consejos. Y pides por él, sinceramente le pides a Dios y haces algún que otro sacrificio. Pero tú estás aquí y él está allí; la protección ha establecido un puente, hermoso puente de arriba abajo; por él bajan tus servicios; no sé si sabe la gratitud, pero lo cierto es que por él ni bajas tú ni sube él.

EN EL TERRENO POLITICO.—También te

has encontrado con él allí, y lo has aceptado natural y sencillamente, como si nada. El ha venido de su mando torvo a ti y ello te ha parecido natural. Has hecho bien en no ce-
pero nos has hecho na-
cuento las cosas que dijiste delante de él, todas buenas, avanzadas y generosas, él te oía en silencio. Tú hablabas sincerisimamente. Después callaste, y él seguía llamado. Por último él se marchó a su barrio y tú al tuyo.

EN EL TERRENO PROFESIONAL.—Le has llamado porque no funcionaba tu calefacción; él se ha puesto a trabajar delante de tu mesa; tú estudiabas y él hacía; tú usabas su servicio, y porque sirvió bien le diste una propina. Se marchó y te quedaste con tu calefacción arreglada y con la satisfacción de haber sido espléndido con este obrero que funcionaba bien. Y has dicho que "funcionaba bien" del mismo modo que dices que el radiador también "funciona". Has usado a un hombre y le has hecho justicia, nada menos y nada más. Justicia generosa; pero mientras él hurgaba el radiador, tú atendías a tu libro. Entre tú y él ha habido eso del capital y del trabajo en chico con su contrato generoso y con tu temperatura fría. Absolutamente nada más.

¿Protegerle? Bien. Pero entenderle, ¿no estaría mejor?

¿Aceptarle? ¡Claro! Pero buscarle, ¿verdad que no?

¿Usarle? ¡Naturalmente! Pero "colaborare", ¿no suena más a cristiano?

¿No entiendes? Ya contábamos con ello.

¿"Universitarios"?, ¿"Obreros"?

No: el Hombre

Parece que el problema de la juventud se ha reunido de golpe en torno a un solo punto: la unidad. Acaso porque este problema de la unidad, que viene a reunir en sí todos los afanes del hombre actual—unidad en lo cultural, en lo político, en lo económico, y en definitiva, unidad en el hombre y entre los hombres, es vivido por todos esa sensación que unánimemente estamos de acuerdo en definir como angustia—, es en la juventud, sobre todo, donde se agudiza, se daricaliza, quizá porque sólo la juventud le vive plenamente, o tal vez sólo porque la juventud tiene esa irresistible tendencia al extremismo.

Por encima de todas las nostalgias, de las peores amarguras y de las desilusiones más amargas, se ha conservado la clara conciencia de unidad, que viene a ser ya casi una tendencia instintiva y, digásmolo una vez más, angustiada, un desesperado y afanoso constituirse en torno, vivir la empresa, apoyarse "en"—unidad—porque todos se dan cuenta—o quizá este sentimiento no sea eso tan diáfano, tan claro de "darse cuenta" y si algo más oscuro, misterioso e instintivo—de que esa unidad es la gran piedra fundacional de un nuevo orden que empieza en el hombre, cerrándole completo en el ciclo de su personalidad, totalitariamente, y acaba en los hombres, con todas sus dimensiones.

El hecho histórico—y voy a permitirme dar a esta palabra la dimensión más amplia, capaz de abarcar toda la proyección del hombre sobre su mundo y todo lo que viene a determinarle desde fuera de él mismo en su vivencias—queda así supeditado, en cierto modo, a este afán de unidad.

Pero, la entrega a esta exigencia no se logra sin dolor y sin sacrificio y, a veces, se presenta incluso como algo totalmente insuperable. Tal es la unidad entre el universitario y el obrero, que constituye un punto en la actualización concreta del problema.

Entre estos dos conceptos extremos viene a clasificarse hoy toda la juventud: en el centro hay una masa oscilante que se acerca más al obrero, o más al universitario, pero los dos tipos caracterizados son éstos.

El universitario encara el problema con todo lo que esta exigencia de unidad tiene de contenido vital en él: Comprende perfectamente el problema social del obrero, le sugiere la aventura de su posible redención humana, la justicia social y el nuevo orden, pero el problema de la mutua convivencia no sabe resolverle porque los gustos, la cultura y la educación les separan. Por un lado, si el obrero es "típico", es decir, el más necesitado de redención, serán más elementales y rudos sus afectos, y, por tanto, se acentúa el problema de esta compenetración, que sólo se resuelve cuando una empresa superior anula circunstancialmente esta separación instintiva. Todos recordamos nuestra guerra y la unidad de las trincheras. De otro lado, le resulta de una irresistible antipatía el obrerismo consciente y bien educado que le parece menos auténtico, y rehuye su trato.

Esto parece conducirnos a un callejón sin salida: Pero hay un camino abierto en esa cohesión que se produce en momentos decisivos, para tareas superiores, de tal transcendencia que dejen en un segundo término la condición individual de "obrero" y "universitario".

Entonces uno aprende que estas clasificaciones que establece la sociedad, son, hasta cierto punto, convencionales y arbitrarias y lo que hacen realmente es poner en dos casilleros una sola y misma realidad: el hombre. Cuando un hecho de esta naturaleza se produce, el universitario y el obrero dejan paso a algo más auténtico, a su íntima calidad de hombre, desaparecen los conceptos envolventes y queda el hondo contenido humano. Este es, en definitiva, el que determina la comprensión. Ya no es un obrero que se acerca a un universitario, o un universitario que condesciende por un afán ingenuamente mesiánico al trato con el obrero: son dos hombres en su pura elementalidad, que se han encontrado, y este contacto humano, tremendo, dramático, que se establece entre ellos, sólo puede perderse ya por la desaparición total de esa tarea común que les ha unido, por el término de ese quehacer superior a ellos, y exte-

Ultimo modelo de vacaciones

rior a su mundo convencional de cada día—que ha llegado a afectárles en su humanidad—, para permitir otra vez la vuelta de los viejos conceptos depuesots: De nuevo el "universitario" mirando al "obrero".

Si hablo de ello, es porque me parece que se olvida este carácter humano—y si queréis designarlo con un adjetivo novísimo, "existencial"—con demasiada frecuencia. Y esto es monstruoso, porque un obrero así, a secas, friamente considerado, es una pura catelequia, algo funambulesco que sacó Marx de un tubo de ensayo en su laboratorio.

Y, sin embargo, cuando nosotros hablamos de esta misión de unidad; de una tarea para realizarla "en el obrero y por el obrero", no podemos desprendernos de nuestro carácter de universitarios que nos hace sentirnos buenecitos; y con una humildad inefable y conmovedora, descendemos hasta el obrero... ¡Olvidamos al hombre, el nuestro, que hay en nosotros, y el de ellos!, y establecemos una ecuación con dos términos igualmente falsos: "El universitario frente al obrero".

¿Por qué no buscamos el hombre? ¿Por qué no olvidamos el obrero y dejamos fuera esa cáscara hueca del universitario?

¿Pero, dónde encontrarle?

Puede ser eficaz el contacto en la fábrica... Puede serlo en la mina... Hasta puede serlo en la taberna. Pero yo no estoy muy seguro de ello. Siempre tropezaremos con la instintiva repugnancia hacia su vulgaridad sin remedio, o el desprecio por su domesticidad si es de los otros, de los "esquirolas".

En algún sitio se ha logrado con éxito provocar esa situación de convivencia que presente, sencillamente—hombre—a los dos. El trabajo común de tal naturaleza que éste sea distinto al que ambos están habituados a soportar, ha sido la solución encontrada: Construir una carretera, trabajar en una granja durante la recolección, levantar un "estádium"...

Este trabajo vivido un mes, dos meses, un verano, abre el corazón a la amistad personal, que es el camino para llegar a la eficacia, acaso el único eficaz, para llegar a dar solución a todo el problema de nuestra angustia por la unidad, si es sincera.

Porque, ¿cuántos universitarios hay hoy en España capaces de encerrarse siquiera un solo mes en un campo de trabajo, para construir una carretera y comer un pan moreno, partido en paz con los obreros, ganado en el sudor de un esfuerzo alegre y común?

Actualidad universitaria

LA TRIBU.—Una vez más ha ocurrido lo de todos los años, aunque quizás en éste, corregido el hecho y generosamente aumentado. Los de primer curso de alguna Facultad han penetrado en el "Alma Mater", según la vieja y rotunda estampa de los hunos y de los alanos... Y la gente sería, la concienzuda, la sensata, la de "orden" ha vuelto quejumbrosamente a lamentarlo. ¡Horror! Estos universitarios haciendo el "Pepe" en el tranvía, invadiendo bares y graznando en clase, ¿en qué país estamos?

Claro que tampoco nos gusta a nosotros el fenómeno del atavismo universitario, claro que nos parece justo y elemental llamar vandálico a lo que hacen los vándalos, pero miremos las cosas de frente y sin desfigurarlas cargando culpabilidad donde no la hay. Porque ni la Universidad ahora tiene la culpa de que los nuevos galopen por sus recintos, ni la flamante tribu puede tener más culpa en sus expansiones que la escasa que suma la personalidad humana de los dieciocho años a un fenómeno colectivo producido como exacta consecuencia de las premisas bachilleriles.

Porque aquí está la llaga a observar. Esto chicos, nuestros simpáticos y alborotadores compañeros, vienen así, sobre la grupa de su mocedad, por arte y parte de quienes les prepararon a la tal cabalgadura. Y si se trata de pedir cuentas habrá que mirar hacia los ambientes donde estos "angelitos" se han tostado, a saber: sus respetabilísimos hogares, y sus no menos respetables centros de segunda enseñanza. De esas regiones nos vienen y si vienen así rozagantes de selva, y sobreabundantes de responsabilidad, pidamos las cuentas a donde hay que pedir las y lamentemos las raíces de floración tan extemporánea.

Y esto añadiendo un hecho más al conjunto de los que vienen a poner las cosas en su punto, para esos señores que reducen toda su crítica a una continua acusación a la Universidad y al universitario. ¿No es hora ya de que repartamos responsabilidades, oh venerables papás y demás señores respetables, entre lo que ustedes, en la niñez y pubertad, han hecho o dejado hacer con sus hijos, y lo que nosotros después (y en este nosotros, nos incluimos los viejos de hoy que fuimos tribu hace cuatro años y la novísima caterva de las últimas invasiones) hacemos mal, por estos claustros, aulas, jardines, bares, etc?

Supongamos un estudiante como tú, pero distinto de ti; supongámosle al revés, al revés exactamente de ti. Podremos entonces sobre él crear un mundo nuevo y distinto. Y en ese mundo, unas vacaciones nuevas.

Vacaciones dice etimológicamente "vacare", dedicarse a... Tú siempre las entendiste al revés: no dedicarse a nada. Por eso, el tú opuesto a ti va a dar la vuelta a las vacaciones, inventándose unas etimológicas y todo. Va a vacar a... eso que no son los estudios, pero a otra actividad, para descubrir otro horizonte de la vida. El estudiante nuevo, distinto de ti, está conforme contigo en no encontrarse plenamente a gusto con este modo de ser universitario 1949, modo desleído, grisáceo, sin perfil apenas; pero el individuo en cuestión intuye que en la crisis actual de perfil universitario hay una salida, la de las vacaciones, para ir a otro sitio en busca de la vigorización del tipo estudiantil.

Y este sitio es y no puede ser otro que el centro de trabajo. Querramos o no, los hombres del otro trabajo no intelectual aprietan su influjo en la vida y su papel preponderante en la sociedad; avanzan, mientras vosotros, o nosotros, estamos quietos y desganaos; tienen más conciencia de su actualidad histórica que la juventud de los libros; traen algo, que es la nota del tiempo, con su vida y lozanía, a una sociedad adormilada y medrosa. Vienen, pues hay que ir.

Ir, alegremente, naturalmente, a vivir unas vacaciones con ellos, realizando el papel de aprendiz, de lo que sea, tan seriamente y anhelantemente como ellos fueron a recibir lecciones de lo que no sabían. Tampoco sabes tú eso, que en el fondo es tan serio como lo que tú sabes—la mayor parte de tu sabiduría son palabras cruzadas de personas mayores; la parte más íntima de su trabajo consiste en eso tan serio de una actividad humana, con su sudor, su constancia, su servicio y su humildad—, es decir, mucho más serio.

"No quiero disfrazarme, quiero ser auténtico hasta en nuestra estampa de universitario decadente", has dicho, y es la única pega que te acepto, porque es gallarda y encierra verdad. Pero tampoco quiero yo disfraces; quiero al universitario mil por mil que en tiempo de sus estudios no puede hacer otra cosa que estudiar, pero que en tiempo de sus vacaciones quiere hacer algo más que el memo o el marmota; quiere reposar el cerebro, demasiado agitado, en la paz de un taller; quiere encallecer unas manos frías y lacias, inútiles y perezosas; quiere, sobre todo, salvar su mundo vespertal de una cultura en crisis con las experiencias más elementales, la de los primeros hombres cuando crearon la ciudad y roturaron el campo, y cantaron a las estrellas, antes del libro, de la cátedra y de la aspirina.

Vacaciones nuevas. Para vergüenza nuestra—siempre nos ganan en audacia...— esto ya no es nuevo entre los estudiantes, que sobre las ruinas de Europa han vuelto a los libros sin dejar las herramientas, porque había que comer para estudiar. Sólo de los Pirineos acá, como en las vitrinas polvorientas de algún glorioso museo, se conservan los tipos viejos del estudiante señorito, el de las manos finas, el pañuelito de seda y el tabaco rubio.

Vacaciones nuevas. Programa nuevo para los que quieran en Cristo (mucho más cercano a ese tipo de estudiante que al otro...), para los que quieran redimirse de vuestra hora gris y levantar la bandera de los tiempos sociales que se avecinan, querramos o no.

Es demasiado evidente, en efecto, que si cada condición social tiene un papel importante que desempeñar en una transformación del mundo como la que se está operando en nuestros días. La clase obrera, en aquello que le concierne, está llamada a asumir hoy responsabilidades que jamás conoció en el pasado.

S. S. Pío XII. Carta al Canónigo Cardjin con ocasión del XXV aniversario de la fundación de la J. O. C. (21 marzo 1949).